

creta que hay entre la fealdad propia del pecado y la fealdad propia de la naturaleza del hombre. Las cosas feas pueden armonizarse entre sí como se armonizan las hermosas; y cuando esto sucede, no cabe duda sino que lo que hay en las cosas de esencialmente feo se temple en algún modo por la belleza que reside en lo que hay en ellas de harmónico y concertado¹. Esta, sin duda, debe ser la razón de por qué la fealdad física parece que disminuye siempre con los años; la vejez no es cosa que sienta mal á la fealdad, como la fealdad pierde lo que tiene de repugnante cuando se armoniza con las arrugas. Nada, por el contrario, es más triste de ver, y nada más horrible de imaginar, que la vejez puesta en la cara de un ángel, ó la fealdad junta con la primavera de la vida. Las mujeres que, habiendo sido hermosas, conservan, siendo viejas, rastro de lo que fueron, me han parecido siempre horribles; hay algo en mí que me da voces y me dice:—¿Quién ha sido el gran culpable que juntó por primera vez las cosas que hizo Dios para que estuvieran separadas?—No: Dios no ha hecho la hermosura para la vejez ni la vejez para la hermosura. Luzbel es el único entre los ángeles, y Adán entre los hombres, que juntaron todo lo que hay de decrépito y de feo con todo lo que había de resplandeciente y hermoso.

¹ Adviértase que el concierto y la armonía se dan únicamente entre cosas reales, y que, en realidad, tanto la fealdad física como la moral son pura privación.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

CAPITULO II

DE CÓMO SACA DIOS EL BIEN DE LA TRANSMISIÓN DE LA CULPA Y DE LA PENA, Y DE LA ACCIÓN PURIFICANTE DEL DOLORE LIBREMENTE ACEPTADO.

La razón que se subleva contra la pena y la culpa que se nos transmiten, acepta sin repugnancia, aunque con dolor, lo que nos fué transmitido, si pierde su nombre propio para tomar el de desgracia inevitable. Y, sin embargo, no es cosa ardua demostrar de una manera evidente que esa desgracia no podía convertirse en ventura sino con la condición de ser una pena; de donde resultará, por consecuencia forzosa, que en su definitivo resultado es menos aceptable la solución racionalista¹ que la solución dogmática.

No considerando nuestra actual corrupción sino como un efecto físico y necesario de la corrupción primitiva, y debiendo durar el efecto tanto como su causa, es claro que, no habiendo modo ninguno de hacer que desaparezca la causa, no le hay tampoco de hacer que desaparezca el efecto. Siendo la corrupción primitiva, causa de nuestra corrupción actual, un hecho consumado, nuestra corrupción actual es un hecho definitivo, que nos constituye en una desgracia perpetua.

Considerando, por otra parte, que no puede darse ninguna

¹ Con lo cual no quiso el Sr. Donoso decir que la solución racionalista sea de modo alguno aceptable.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

manera de unión entre lo corrompido y lo incorruptible, síguese de aquí que por la explicación racionalista se hace imposible de todo punto la unión del hombre con Dios, no sólo en el tiempo presente, sino también en el venidero. En efecto; si la corrupción humana es indeleble y perpetua, y si Dios es eternamente incorruptible, entre la incorruptibilidad de Dios y la corrupción perpetua del hombre hay una invencible repugnancia y una contradicción absoluta. El hombre, pues, por este sistema, queda apartado de Dios perpetuamente.

Y no se me arguya diciendo que el hombre pudo ser redimido, porque cabalmente la consecuencia lógica de este sistema es la imposibilidad de la redención humana. Para la desgracia no se da redención, sino en cuanto es concebida como una pena que viene detrás de un pecado: suprimido el pecado procede la supresión de la pena, y con la supresión del pecado y de la pena se hace irremediable la desgracia.

Por este sistema es de todo punto inexplicable el libre albedrío del hombre. En efecto; si el hombre nace en el apartamiento necesario de Dios, si vive en el apartamiento necesario de Dios, y si muere en el apartamiento necesario de Dios, ¿qué significa y qué es el libre albedrío del hombre?

Si no hay transmisión de la culpa y de la pena, luego al punto viene al suelo el dogma de la Redención, y el de la libertad humana, y con ellos todos los otros juntamente; porque si el hombre no es libre, no tiene el principado de la tierra; si no tiene el principado de la tierra, la tierra no se une á Dios por el hombre; y si no se une á Dios por el hombre, no se une á Dios de manera ninguna. El hombre mismo, si no tiene libertad, no se aparta de Dios de una manera para volver á Dios en otra forma; se aparta de él absolutamente: Dios no le alcanza ni con su bondad, ni con su justicia, ni con su misericordia; todas las armonías de la Creación se desvanecen, todos los vínculos se rompen, el caos está en todas las cosas, todas las cosas en el caos: por lo que hace á Dios, deja de ser el Dios católico, el Dios vivo: Dios está en lo alto, las criatu-

ras en lo bajo, y ni las criaturas se cuidan de Dios, ni Dios se cuida de las criaturas.

En ninguna otra cosa resplandece tanto la divina consonancia de los dogmas católicos como en esta trabazón admirable que todos tienen entre sí, la cual es tan maravillosa y tan íntima, que la razón humana no puede concebir otra mayor, viéndose puesta en la tremenda alternativa de aceptarlos todos juntos ó de negarlos todos juntamente. Lo cual consiste en que no contiene cada uno de ellos una verdad diferente, sino una misma verdad, correspondiendo exactamente el número de los dogmas al número de sus aspectos.

Ni hemos apurado todavía las consecuencias que se seguirían forzosamente de considerar la lamentable desgracia del hombre caído, haciendo abstracción absoluta de la pena. En efecto; si su desgracia no es al mismo tiempo que una desgracia, una pena; si es sólo un efecto inevitable de una causa necesaria, queda sin explicación ninguna lo poco que conservó Adán y que conservamos nosotros del estado primitivo; siendo digno de notarse, en contradicción con lo que á primera vista parece, que no es la justicia, sino por el contrario, la misericordia, la que más resplandece en aquella solemne condenación que siguió inmediatamente al pecado. En efecto; si Dios se hubiera abstenido de intervenir con su condenación en esta tremenda catástrofe; si viendo al hombre apartado de sí, le hubiera vuelto la espalda, y hubiera entrado en su tranquilo reposo; ó para decirlo todo de una vez, si en vez de condenarle, le hubiera dejado entregado á las inevitables consecuencias de su voluntaria desunión y de su voluntario apartamiento, su caída hubiera sido irremediable, y su perdición infalible.

Para que su desastre pudiera tener remedio, era necesario que Dios se acercara al hombre de alguna manera, volviéndosele á unir, aunque imperfectamente, con misericordiosa lazada. La pena fué el nuevo vínculo de unión entre el Criador y su criatura, y en ella se juntaron misteriosamente la

misericordia y la justicia: la misericordia porque es vínculo; la justicia porque es pena.

Quitando á los padecimientos y á los dolores lo que tienen de pena, no se les quita sólo lo que tienen de lazada entre el Criador y la criatura, sino que se les quita también lo que en su acción sobre el hombre tienen de expiatorio y de purificante. Si el dolor no es una pena, es un mal sin mezcla de bien alguno; si es una pena, el dolor, que es un mal desde el punto de vista de su origen, que es el pecado, es un gran bien desde el punto de vista de la purificación de los pecadores. La universalidad del pecado es causa necesitante de la universalidad de la purificación, la cual á su vez exige que el dolor sea universal, para que todo el género humano se purifique en sus misteriosas aguas. Esto sirve para explicar por qué padecen todos los nacidos, hasta que mueren, desde que nacen. El dolor es compañero inseparable de la vida en este valle obscuro, lleno de nuestros sollozos, ensordecido con nuestros lamentos y humedecido con nuestras lágrimas. Todo hombre es un ser doliente, y todo lo que no es dolor le es extraño: si pone los ojos en lo pasado, siente pesar al verlo desvanecido; si los pone en lo presente, siente congoja porque lo pasado fué mejor; si los pone en lo venidero, siente turbación porque lo venidero todo es misterios y sombras. Por poco que considere, advierte que lo pasado, lo presente y lo venidero es todo, y que el todo no es nada; lo pasado ya pasó, lo presente va pasando, lo venidero no es. Los menesterosos van cargados de fatigas, los abastecidos padecen harturas, los potentes soberbias, los ociosos tedio, envidias los bajos, los altos desdenes. Los conquistadores que van empujando á las gentes, van empujados por las furias, y no atropellan á los otros sino porque van huyendo de sí mismos. La lujuria consume con sus impúdicos ardores las carnes del mozo; la ambición toma al mozo, hecho hombre, de manos de la lujuria, y le abrasa con otras llamas y le mete en otras hogueras; la avaricia le coge cuando la lujuria no le quiere y cuando la ambición le abando-

na; ella le da una vida artificial que llama el insomnio; los viejos avaros no viven sino porque no duermen; su vida no es otra cosa sino la falta de sueño.

Pasea toda la tierra en ancho y en largo, vuelve los ojos atrás, tiéndelos adelante, devora los espacios y recorre los tiempos, y ninguna otra cosa hallarás en los dominios de los hombres sino esto que ves aquí: un dolor que no remite, y una lamentación que nunca acaba. Y ese dolor, aceptado voluntariamente, es la medida de toda grandeza; porque no hay grandeza sin sacrificio, y el sacrificio no es otra cosa sino el dolor voluntariamente aceptado. Los que el mundo llama héroes, son aquellos que, siendo traspasados por un cuchillo de dolor, aceptaron voluntariamente el dolor con su cuchillo. Los que la Iglesia llama santos, son aquellos que aceptaron todos los dolores, los del espíritu y los de la carne juntamente. Santos son los que estrechados por la avaricia dieron de mano á todos los tesoros del mundo; los que solicitados por la gula fueron sobrios; los que abrasados por la lujuria aceptaron santamente el combate y fueron castos; los que entrando en batalla con pensamientos sucios fueron limpios; los que se levantaron tan altos por la humildad que vencieron á su soberbia; los que sintiéndose tristes por el bien ajeno, de tal manera se esforzaron, que convirtieron en santa alegría su torpe tristeza; los que dieron en tierra con la ambición que los levantaba á las nubes; los que siendo perezosos se tornaron diligentes; los que viéndose abatidos por los pesares dieron á sus pesares libelo de repudio y se levantaron á la alegría espiritual por un esfuerzo generoso; los que enamorados de sí, renunciaron á su propio amor por el amor de los otros, ofreciendo por ellos su vida con heroico desprendimiento en perfectísimo holocausto.

El género humano ha sido unánime en reconocer una virtud santificante en el dolor. Por esta razón se observa que en todos los tiempos, en todas las zonas y entre todas las gentes, el hombre ha rendido culto y homenaje á los grandes infortunios. Edipo es más grande en el día de su infortunio que en